

¿Aló?

KENIA MARTÍN PADILLA

[Mención Narrativa]

INCOMUNICACIÓN

A lo mejor
Estoy hablando
Sin ton ni son

A lo mejor
Estoy hablando

A lo mejor

A lo

Aló!

.Felipe Boso

A Tarha, y a todas mi amigas,
Que están ahí, aunque no las vea.

Anoche, el cielo parió una luna redonda y blanca, una luna enorme y llena, con todas sus abruptas rugosidades de plata. Yo la observaba, y mi madre –la observábamos ambas– suspiró: “ *Y fíjate en las estrellas. El cielo tiene un millón de estrellas, que no se ven en la ciudad*”.

... El cielo se abrió entre nosotras, como si de repente se hubiera replegado el telón del gran teatro del mundo, y el mundo se hubiera desplegado sobre nuestras cabezas, con su escenografía de paisaje y luna, y su millón de estrellas que no se ven en la ciudad.

Sólo entonces, pensé en todas aquellas cosas que están ahí y no se ven. Como la felicidad o el dolor, dios o los átomos, el amor, el bluetooth, el pensamiento, la energía, la justicia, la sensibilidad, el alma, las promesas, los políticos. Pensé en lo invisible... lo que no se ve, pero está. Como las amigas como yo, que no te llaman pero te piensan, como las amigas como tú, cuando te hablo y estás ausente, o no estás, o escuchas en silencio a través de la línea, también invisible, de nuestros teléfonos móviles.

“La contaminación lumínica”, respondí yo. Y comencé a sentir miedo. Miedo, de aquella visión del cielo como un terciopelo negro con pedrería brillante, como los vestidos de las actrices de la alfombra roja. Miedo, de aquella escenografía sublime e inmensa del mundo abierto para nosotras. Un miedo atroz, inexplicable e insospechado, que me obligó a bajar la vista y entrar en la casa.

[...]

-...Me alegro de que todo vaya bien... sí, sí, yo también he pensado en llamarte, pero ya ves, sabes que soy muy dejada para estas cosas, no sé, me da como pereza coger el teléfono, y eso que ni siquiera tengo que marcar, buscar tu número en la agenda o saberlo de memoria, porque lo tengo siempre a mano, grabado en mi móvil, siempre a mano, dos teclas y marcando, así de fácil, pero no... soy muy dejada... Sí, sí, pero mira, eso no significa que no me acuerde de ti, que no piense en ti a menudo, que no me recuer-

de “tengo que llamarla” continuamente, sólo que me he habituado a esta vagancia telefónica que va dilatándose siempre demasiado.

[...]

-Claro, claro... pero esta vez es diferente... es que esta estancia aquí me está marcando, me está dejando una impresión tan nueva... ¡tan pura!... este silencio claro de la distancia, este sublime inmenso de lo natural... ¡qué placer de vida retirada!, ¡qué sabor de lo tranquilo y sordo!... sentirse lejos del bullicio de los coche en cadena, del tránsito de la muchedumbre atropellada, con su mirar de fría plata, con su compás de reloj... Todo lejos ahora... y el mundo pleno vertiéndose en mis pupilas: cielo y roca para mí, verde y presa para mí, para que yo lo contemple, sublime e inmenso en el silencio de las horas. Así.

Yo también, ajena ahora al latido incesante y hueco de mi reloj digital que se derrama sobre mis días, horas y minutos. Que contemplando este cielo, limpio y brillante de azul, se roza lo entero. Doy fe. (Y dije: *todo ya pleno. ¡las doce en el reloj!*).

...Estoy en medio de la nada. Lejos del mundanal ruido. Y verdaderamente te digo, que no me explico, cómo puedo sentir que pertenezco a este lugar, que se me antojaba tan lejano cuando estaba en la ciudad, tan apartado, seco, aburrido y diferente para mí. Pero ya ves, siento que pertenezco a él, y que todo en él me pertenece. Y figúrate que pensé en traerme mi portátil, por ver si pillaba wifi, y podía consultar mi e-mail, navegar por mis redes sociales, bajar canciones del youtube o leer el horóscopo... qué imbécil. Aquí no hay Internet, ni siquiera cobertura. Estoy en medio de la nada. O a lo mejor, en medio de todo. Depende del cristal con que se mire.

[...]

-Mira, es todo distinto, *aquí...* te llamo para contártelo, no podía esperar más: he tenido entre las manos, por primera vez en mi vida, una ranita de verdad. *Aquí.* Y he visto, por primera vez en mi vida, una mantis religiosa, de verdad. Y un huerto que da frutas y hierbas... Sin la bolsita del súper. De verdad. Y he reflexionado sobre cosas vanas. Por ejemplo, sobre por qué los bichos chocan una y otra vez sobre la luz, crepitando, quemándose quizás. Van a la luz a morir. Pero me ha alegrado saber que el ser humano no es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra (mal de muchos, consuelo de tontos), en fin... Y he descubierto un universo vegetal.

¿Te acuerdas? Aquella tarde, sobre el asfalto de la autopista, cuando nos contábamos todo lo que no nos daba tiempo de contarnos en nuestras conversaciones telefónicas, gritaste: “¡Mira! Tabaco moro.! y me señalaste una planta de flores como pintalabios amarillos. Una sola de tantas que antes había visto y ahora siempre veo regadas en los bordes de las carreteras. Estabas ahí, siempre han estado ahí, y sin embargo nunca las había visto, antes de que tú me la gritases.

[...]

-...sí, sí ¿te acuerdas? Y luego me hablaste de tu examen de flora canaria, asignatura obligada, y quebradero de cabeza de alumnos de primero de magisterio. Me hablaste, de todo lo que habías aprendido, y de todo lo que te quedaba por estudiar (porque aprender y estudiar, siempre han sido dos cosas distintas), y de cómo tu tropiezo forzoso con la flora, había cambiado tu visión del mundo, y ahora, en vez de una expansión de tierra cubierta de hierbajos, un erial poblado de arbustos secos, veías un microcosmos vegetal. [...] Pues eso, que *ahora*, tú también has cambiado mi mirada. Ahora he visto en estas lavas volcánicas la vegetación aferrarse a la vida... en esta expansión antes opaca, vibrar el verde y el amarillo, en una explosión vegetal. Y distingo entre los arbustos secos, cardones, tabaibas y aloe. Creo que nunca imaginé que esta tierra tuviera tanto aloe, siempre ahí y jamás percibido, en este *engaño ad oculos* que padezco últimamente. (No sé por qué, estoy muy barroca estos días). No me lo explico. Y eso que convivo con el aloe en mi hábitat cotidiano, en mi crematorio diario, porque se ha puesto muy de moda la cosmética. Tengo y uso, te diré, un gel facial que contiene baba de caracol y aloe; un desodorante con aloe; un *bodymilk*, hidratante y reafirmante, con extracto de aloe; un desmaquillante, respetuoso con la piel, a base de aloe; un aceite solar con protección *anti-age* y acelerador del bronceado... ¿a qué no te lo imaginas? con aloe. Y yo... yo que siempre me he creído tan natural, amiga mía, por comer pan integral con semillas, yogures con *bífidus* activo, y al menos una taza de té verde al día. ¿Qué ironía! Ayer tomé una taza de hierbabuena, hortelana o hierbahuerto (quién sabe cuántos nombres tendrá esa hierba) recién cortada del huerto, como bien indican dos de sus nombres. Y me sentí una mujer nueva. Si hubiese tenido Internet aquí, habría buscado las propiedades de esta maravillosa hierba de denominación múltiple, para incluirla en mi dieta naturalísima. Fue algo mágico. Pero no hay Internet, ni cobertura. Estoy en medio de la nada, o de todo,

como te dije... pero no perdamos el hilo... Te estaba diciendo que en mi vanitas particular de cada día, había estado siempre muy presente el aloe... y sin embargo , era incapaz de fijar mi vista en él en su hábitat natural y en su forma original - derramándose en la tierra, como una punzante cascada verde- y no como una inscripción, acaso falta, en las cubiertas de los botes de mis cremas. Es así, esto pensaba ayer, mirando fijamente mi calavera encremada frente al espejo (¡vaya por dios!, de nuevo el barroco... debo de tener a Calderón en el subconsciente, o a Valdés Leal en la retina)...

[...]

- ... O será que yo también escondo un desengaño... será que tengo cosido un desengaño al pecho, que no se ve, oculto *ad oculos*, pero que existe, porque el dolor se lleva por las entrañas... un desengaño, que me palpita por dentro, que hierva la sangre y curo con ansiolíticos y dos sesiones de spa al mes. Un desengaño, que cubro cada día en mi sesión de maquillaje, después de mi crematorio diario de aloe en crema, gel o aceite. Y como sólo vemos apariencias, y no la materia dolorosa de las entrañas, la gente sólo me pregunta si estoy más bronceada o más delgada, con un nuevo peinado, con zapatos nuevos o un cutis brillante y terso. Pero nunca si llevo una herida en el alma, un desengaño oscuro y hondo, negro y desesperado, palpitándome la sangre. Pero cuéntame tú algo, que monologo...

[...]

-Claro, tienes razón. Yo también pienso lo mismo... ahora soy libre, ahora soy yo, aquí, así. Es que no quiero. ¡No quiero! ¿Por qué conformarme con menos? ¿Por qué conformarme con poco? Con un amor de segunda, con un amor maltratado por el tiempo, deshilachado por el roce de los días, porque el amor cuando se desgasta no es sino costumbre y hábito, pero no amor, el amor es otra cosa... mira, ¿por qué seguir aferrada a mis vaqueros viejos, con sus costuras roídas por el uso? ¿A ti no te pasa? Yo siempre tomo amor a un par de vaqueros, unos en particular, y los llevo a diario, a veces durante años. Imagínate, conservo vaqueros que compré cuando tenía quince años. Y claro, uno les coge cariño, porque se adaptan al cuerpo a la perfección, se van amoldando, y sólo quieres lavarlos y volvértelos a poner, porque te sientes segura con ellos, segura y cómoda, y piensas que ningún otro vaquero puede irte mejor, que ése está hecho a ti y para ti. Y cuando te das cuenta, están rotos. Y los remiendas, los recoses, los vuelves a lavar y los vuel-

ves a usar. Así hasta el límite, porque rotos, viejos y desgastados, son tuyos. Son cómodos, van bien con cualquier camisa, y ya te has habituado a tenerlos sobre tu piel, con ellos te sientes segura. Pero despiertas y caes en la cuenta de que no los puedes usar más, que es mejor comprar unos nuevos y tirar los viejos para siempre, porque ya no llegarás muy lejos con ellos, por mucho que te cueste hacerlo... ya no hay remiendo que valga. y compras otro par, varios tal vez. Y los usas durante un tiempo, aunque no sean como aquél. Y compras más. Hasta que un día, en algún momento, cuando menos lo esperes ¡Zas! Encuentras de nuevo otro vaquero perfecto para ti, con el que te ves preciosa y te sientes segura, segura y cómoda, y piensas que ningún otro puede irte mejor...

[...]

- ...Pues no sé, chica, no sé. No sé por qué sentí miedo de la noche. No sé por qué hablo contigo en la distancia. No sé por qué menosprecio la corte y alabo la aldea, por qué pienso en las apariencias y en los desengaños, precisamente *aquí, ahora, y así*. Sólo sé que no sé nada. Quizás este descubrimiento de mi ignorancia, sea la causa de mi miedo, de aquel miedo atroz, inexplicable e insospechado, por aquella visión del cielo como un terciopelo negro con pedrería brillante, como los vestidos de las actrices de la alfombra roja. Ni si quiera sé si estoy hablando, pero sé que me acuerdo de ti, porque como las estrellas, estás ahí aunque no te vea, aunque no te llame.

Y no... no te estoy llamando. Monologo. Estoy sola frente al espejo con mi calavera encremada de aloe, en mi vanitas particular. Y la ventana del baño me muestra el mundo al sol abierto, como una televisión encendida. O como si se hubiera replegado el telón del gran teatro del mundo y el mundo se hubiera desplegado ante mis ojos.

No, no te estoy llamando porque no hay cobertura.

A lo mejor estoy hablando sin ton ni son...

A lo mejor estoy hablando...

A lo mejor...